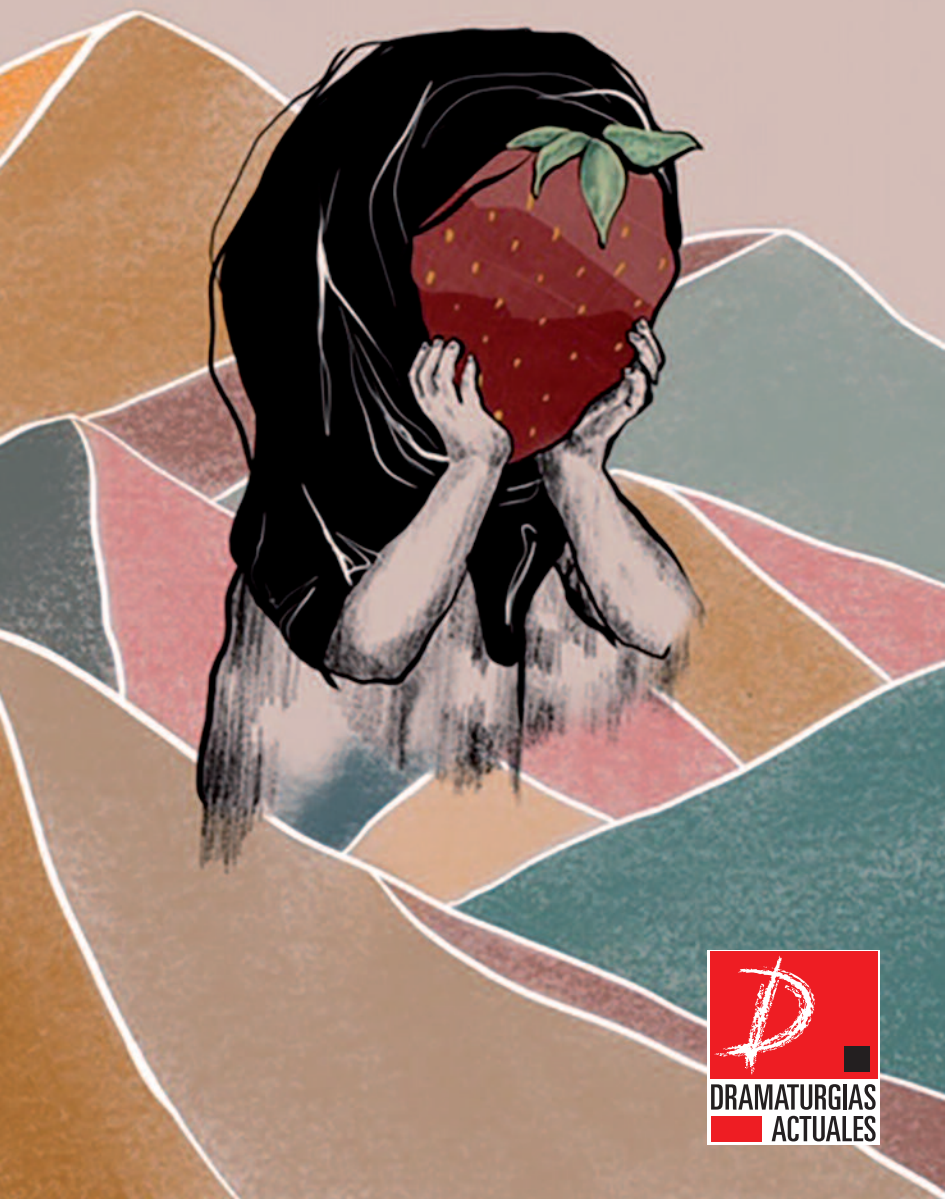


Sara García Pereda

Pas Petite



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA

Pas Petite

Sara García Pereda (Madrid, 1994)

Graduada en Dramaturgia por la RESAD, máster en Traducción, Subtitulación y Doblaje por la UEM, actualmente estudia un MFA en Dramaturgia por Edinburgh Napier University. Como formación complementaria, ha participado en talleres con La Joven Compañía, Celso Giménez, José Ramón Enríquez, Alfredo Sanzol y La Rueda Teatro.

Entre sus obras breves se encuentran: *Igualitas* (revista nº4 de Teatro Mínimo), *En Berún* (publicada en Fundamentos, 2015), *Ephemera* que formó parte de la dramaturgia *De mujeres sobre mujeres*, representada por la Joven Compañía en el festival ELLAS CREAN 2016 y *The Wolf* (Roxy Assembly, 2019).

Así mismo, ha participado en el primer volumen de la colección Dramaturgia Emergente en Esperpento Ediciones Teatrales con su obra *Aire Siempre de Viaje* la cual se estrenó en la sala El Umbral de Primavera bajo la dirección de Pablo Canosales.

En 2016 fue invitada por el Festival Internacional de Teatro Clásico MX para formar parte del tribunal.

En 2019 es becada por el INAEM para participar en el VIII Programa de Desarrollo de Dramaturgias Actuales, en cuyo marco escribe *Pas Petite*, su primer texto dedicado a la infancia.

Como poeta ha colaborado en los poemarios *Tintos & Tinta* y *Madrid en trazo y verso* de la editorial Séxtasis. También ha trabajado como locutora comercial y docente de interpretación y escritura creativa en diversos centros de Madrid.

Sara García Pereda

Pas Petite

Dramaturgia para la infancia y la juventud



© Sara García Pereda, 2019
© *Diseño de cubierta*: Laura Cosar

© *De la presente edición*:
Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:
Vicente Alberto Serrano

NIPO: 827-19-040-8

Pas Petite

Je suis une loque. Une épave. Je suis une branche qui craque. Un fruit rongé par les vers. L'âge mûr c'est avant que l'on tombe. Par terre. Mon tronc est un nid de termites. Une architecture ancestrale de souffrances. Je suis une cathédrale laminée par des champignons invisibles. Une ruine sans histoire. Je suis une bonne. Une esclave. Une folle. Ma vie est un long cauchemar. Mon mal est sans remède. Seuls les mots pour me soulager. Raconter. Dérouler la pelote des souffrances.

Lahsen Bougdal

La petite bonne de Casablanca

Soy un trapo. Un desastre. Soy una rama que se quiebra. Una fruta roída por los gusanos. La madurez llega antes de que una caiga. Al suelo. Mi tronco es un nido de termitas. Una arquitectura ancestral del sufrimiento. Soy una catedral vencida por hongos invisibles. Una ruina sin historia. Soy una bonne. Una esclava. Una loca. Mi vida es una larga pesadilla. Mi dolor no tiene remedio. Solo las palabras para aliviarme. Contar. Deshace el ovillo del dolor.

Lahsen Bougdal

La petite bonne de Casablanca

A Itziar Pascual,
porque cuando dudé, ella me aseguró:
"todo lo que es humano nos pertenece".

A mi madre,
por hacer este viaje a mi lado.

A las "*Petite bonne*" y la asociación Insaf,
que ayuda a erradicar la práctica de la esclavitud de niñas en Marruecos.

PERSONAJES

AMAL, “PETITE”, ocho años. Nuestra cuentacuentos.

SOUMIA, doce años. Hermana mayor de Petite.

RASUL, trece años. Es el cartero de la aldea.

YASIR, una sombra o un muñeco. Es el jefe de Soumia.

MADRE, habla en lengua de signos.

HOMBRE 1, 2 y 3, voces del pueblo.

OFICINISTA.

1 Cuando me piden una historia

PETITE.— ¿Cuaderno? Está. ¿Lapicero? Está. ¿Goma de borrar? Está.

SOUMIA.— Amaaaaaaal, date prisa.

PETITE.— ¡Ya voy! Solo quedan los zapatos. A ver... Pero bueno, ¿dónde se habrá metido el otro zapato? ¿Zapato? ¿Zapatito? Ay, no. No, no, no. ¡Oh! Ahí está. ¿Me lo puedes acercar, por favor?

Alguien del público le acerca el zapato.

PETITE.— Muchas gracias. ¡Aaaah! ¿Pero quién...? ¡Aaah! ¿Quiénes sois vosotros? ¡Aaah! ¿Cómo os habéis metido en mi cuarto? ¡Mamááá!

Justo cuando parece que va a salir despavorida del cuarto, tropieza con SOUMIA.

SOUMIA.— ¿Se puede saber por qué tardas tanto?

PETITE.— Es que yo estaba... y entonces el zapato... y luego...

SOUMIA.— ¡Arranca!

PETITE gira a su hermana hacia el público. Silencio. SOUMIA no sabe qué mirar.

PETITE.— ¡Mira!

SOUMIA.— Miro. ¿Qué miro?

PETITE.— ¡Ellos! ¡Todos ellos!

SOUMIA.— Rasul va a venir ya y como no te des prisa te va a tocar ir sola.

PETITE.— ¡No! ¡Que hay que andar mucho!

SOUMIA.— Pues sal ahora mismo.

PETITE.— *(Al público)* ¿Pero cómo puede ser que no os vea?

SOUMIA.— ¿Qué?

PETITE.— ¿Qué de qué?

SOUMIA.— ¿Me has dicho algo?

PETITE.— A ti no. Le hablo a ellos.

SOUMIA.— Con todas las ganas que tenías de volver a la escuela y ahora andas inventando excusas. Se lo voy a decir a mamá.

PETITE.— ¡Pero que no son excusas!

SOUMIA.— Tiene dos minutos.

PETITE.— ¡Pues ya habéis oído! Tenéis dos minutos para salir de esta casa.

Pausa. PETITE mira al público. Nadie se mueve.

¡Ah! Ya sé. Habéis venido a jugar con mis juguetes.

PETITE empieza a colocar sus juguetes en el proscenio. Una peonza, una muñeca hecha con materiales reciclados, un bote de pintura y un camión al que le falta alguna rueda.

Esta es mi peonza. Aún no se muy bien hacerla bailar. Me estaba enseñando el abuelo cuando de pronto se le olvidó a él también cómo se hacía. Esta es mi muñeca. Tiene un pelo muy bonito. A mi hermana Soumia se le ocurrió que para hacerlo podía usar la crin del caballo

del señor Yasir. Le pedí permiso antes de cortarle un poco. Al caballo, no al señor Yasir. Él nunca me hubiera dejado. Y esto es un tambor, o una silla, o un castillo o lo que te apetezca cada día. Y este es el camión de mi muñeca. Cuando yo sea mayor quiero que mi casa esté dentro de un camión para poder ir a todas partes.

Silencio.

SOUMIA.— ¿Has terminado ya?

PETITE.— Calla. Estoy intentando averiguar qué es lo que quieren.

SOUMIA.— Bueno, ya me he cansado de tus historias.

PETITE.— Mi hermana siempre dice eso, pero en el fondo le encantan mis historias. Yo soy muy buena contando historias.

SOUMIA.— Mamá se va a enfadar cuando se entere de que has llegado tarde.

PETITE.— ¡Eso es! Lo que queréis es una historia, ¿no? Por eso estáis aquí. Pero no me va a dar tiempo, tengo que ir a la escuela.

SOUMIA.— ¡Amal! Basta de juegos. Coge tus cosas y ven aquí.

PETITE.— ¿Sabéis qué sería divertido? Que se pudiera parar el tiempo. Así, siempre habría tiempo para contar historias.

De repente, SOUMIA queda paralizada.

Pero eso es imposible, ¿no? Así que lo siento, pero os tenéis que marchar.

PETITE se gira y ve a su hermana paralizada.

¿Soumia?

PETITE toca a su hermana. Nada. PETITE mete el dedo en la nariz de SOUMIA. SOUMIA no se inmuta.

¿Dónde habéis estado todo este tiempo?

PETITE se aclara la garganta.

Está bien. Os voy a contar mi mejor historia. La historia de cómo conseguí ir a la escuela. Pero después me tenéis que prometer que volveréis a poner el tiempo en marcha, ¿lo prometéis? Muy bien. Pues mi historia comienza justo en este mismo lugar. Pero aunque es el mismo lugar no se parece en nada a este. Porque el lugar donde empieza esta historia es sin duda un lugar mucho más triste.

2. Cuando mamá se va

PETITE.— Soumia no vivía aquí, ni tampoco iba a la escuela.
Entonces mi hermana era una *petite bonne*.

SOUMLA se agacha y comienza a limpiar el suelo.

Petite bonne es como se llama a las niñas que trabajan limpiando las casas y cuidando de los niños de familias de clase alta en Marruecos. Clase alta significa vivir en casas con más de una habitación. Y regalarse relojes en los cumpleaños. Porque para la gente de clases altas medir el tiempo es algo muy importante. Y tener espejos. Porque para la gente de clase alta mirarse a sí mismos es muy importante y... A ver cómo os lo puedo explicar mejor... Digamos que la gente de clase alta eran familias que no eran como la mía. Para empezar, Soumia no vivía con nosotros, si no que vivía en la casa del señor Yasir.

SOUMLA sale.

Para ir a casa del señor Yasir desde mi casa había que caminar por toda la aldea, pasando por el zoco, la botica, que es como una farmacia, la mezquita donde se hacen los rezos, la oficina de correos, la mezquita donde se enseña el Corán, y ya por fin los campos de habas y guisantes del señor Yasir. Sin embargo, yo tenía prohibido el paso. Y si mi hermana me veía llegar, decía siempre...

SOUMIA.— ¿Qué haces aquí otra vez? Como te vea el señor Yasir me voy a quedar sin trabajo por tu culpa.

PETITE.— Quería verte.

SOUMIA.— Hasta el viernes nada. ¿Con quién has dejado al abuelo?

PETITE.— Con mamá.

SOUMIA.— Mamá tiene que trabajar. Vuelve a casa ahora mismo y cumple con tus responsabilidades.

PETITE.— (*Interrumpiendo*) “... y cumple con tus responsabilidades”. Esa es la frase favorita de Soumia. Para ella en el mundo solo existen las responsabilidades. Así que ese día volví a casa pasando por toda la aldea pero al revés. Cruzo los campos de habas y guisantes, la mezquita donde se enseña el Corán, la oficina de correos donde trabaja Rasul, la mezquita donde se reza, la botica, el zoco y ya por fin... ¡Mamá!

La MADRE la espera con los brazos cruzados.

Ella es mamá. Parece que está enfadada, pero en realidad no lo está.

PETITE se lanza a los brazos de su MADRE.

Mamá no sabe estar enfadada mucho tiempo.

MADRE.— (*En lengua de signos*) ¿Dónde estabas?

PETITE.— Ah, sí. Mamá es muda. Pero siempre está contando cosas. Sobre todo desde que papá se fue y Soumia y yo empezamos a quedarnos más calladas. Entonces mamá empezó su propia huelga contra el silencio. Solo que para hablar necesita usar sus manos, que siem-

pre están ocupadas recogiendo habas y guisantes para el señor Yasir. Así que en casa, yo la ayudo con las tareas y así ella me puede contar tranquila.

MADRE y PETITE hablan a la vez. La MADRE en lengua de signos.

MADRE y PETITE.— Así que le dije a Lalla Melissa. “Siempre se le ha echado una cucharada de miel de naranjo.” Y me responde “Esta es la receta de mi madre y de mi abuela. Nunca había oído lo de la miel de naranjo en la pastela.” Entonces le dije que la probara y que ya me lo agradecería después, porque la miel de naranjo se ha usado siempre en esa receta. Vamos, de toda la vida. No sé en qué mundo vivirían la madre y la abuela de esa mujer porque... Cariño, ¿te pasa algo?

PETITE.— *(A la MADRE)* ¿A mí? No.

(Al público) Mamá siempre, siempre, sabía cuando me pasaba algo. Era muy molesto porque a veces sabía que me pasaba algo antes de que yo misma supiera lo que me pasaba.

MADRE.— ¿Segura? Porque tienes arrugada la nariz.

PETITE.— *(Al público)* Mamá siempre decía que arrugaba la nariz cuando algo me preocupaba.

(A la MADRE) Segurísima.

MADRE.— Bueno, pues cuéntame, ¿qué has hecho tú hoy?

PETITE.— Fui a casa del señor Yasir, pero Soumia no quiso salir a saludarme.

MADRE.— Ya sabes que no puedes ir allí.

PETITE.— Ya sé que no puedo ir, pero echo de menos a Sou-

mia. Es un rollo que tenga que estar siempre trabajando.

MADRE.—Yo también la echo de menos.

PETITE.— *(Al público)* Soumia tuvo que buscar trabajo de *petite bonne* cuando papá se fue. Primero vino una señora a buscarla. Iba a llevársela a Casablanca, que es la ciudad más grande de Marruecos, y le iban a enseñar a leer y a escribir. Pero una mujer del pueblo avisó a mi madre de que esa señora se había llevado a muchas niñas y que nunca le había llegado dinero a las familias. Pero lo peor no era el dinero, si no que las familias nunca habían vuelto a ver a sus hijas. Por eso mamá pensó que lo mejor era que Soumia trabajara para el señor Yasir. Y aunque solo nos dejara verla un día a la semana. Al menos así podíamos verla.

Ag, qué mal huele. Perdonad, es mi abuelo. A veces huele mal. Al abuelo no le puedo traer de vuelta, ni siquiera para contar una historia. Así que la silla hará del abuelo. En el teatro se pueden hacer estas cosas.

(a la MADRE) Ag, el abuelo huele mal otra vez.

MADRE.—Ayúdame a cambiarle.

PETITE.— *(Al público)* El abuelo hacía tiempo que había dejado de ser el abuelo. Mi madre decía que era como volver a tener un niño en casa. Bueno, peor que un niño, porque pesaba más.

La MADRE y PETITE cargan con la silla hasta dejarla fuera de escena.

Ese día mamá dejó que yo limpiara al abuelo sola. Quería saber si era capaz de cuidar de él sola porque tenía una noticia importante.

MADRE.—Tengo una noticia importante.

PETITE.— ¿Qué noticia? ¿No deberíamos esperar al viernes a que llegue Soumia? Así nos la podrías contar a las dos a la vez.

(Al público) Dije eso porque parecía una noticia mala. Y no me gustaba ser la única en escuchar las noticias malas. Prefería que mi hermana estuviera conmigo. Como cuando mamá nos dijo que papá no volvería nunca y que debíamos dejar de ir a esperarlo a la estación. Aquella sí que fue una noticia terrible.

MADRE.— ¿Estás ahí?

PETITE.— Sí, perdón.

La MADRE le pide a PETITE que se siente en sus piernas, y comienza a contarle la noticia.

(Al público) Mamá me contó que le habían ofrecido un trabajo recogiendo fresas en España y que se tenía que ir tres meses. Me contó que con el dinero que iba a ganar, Soumia podría volver a casa y yo empezar a ir a la escuela. Era un plan genial, salvo porque yo me iba a quedar sola todo ese tiempo.

PETITE abraza a su madre.

Entonces, cuando vuelvas ¿Soumia podrá dejar de ser una *petite bonne*?

La MADRE asiente.

¿Y yo podré volver a la escuela?

La MADRE asiente.

Pero tres meses es mucho tiempo. ¿No puedo ir yo a recoger fresas a España?

La MADRE dice que no.

¡Qué injusto!

PETITE se acurruca en una esquina enfadada. Y la MADRE sale a por la silla del abuelo.

(Al público) Me enfadé mucho con mamá. Me parecía injusto que hubiera tomado la decisión sin mí. Al día siguiente se fue. Intentó despertarme para despedirse de mí, pero yo me hice la dormida.

La MADRE intenta despertar a PETITE. Le da un beso y sale.

Cuando ella se fue, me puse a llorar. Estuve llorando horas hasta que escuché que el abuelo lloraba también. Era verdad que era como un niño pequeño. Le di de comer y los dos dejamos de llorar. Nos miramos a los ojos. Los teníamos llenos de miedo.

3. Los noventa días

Pero el miedo se nos pasó enseguida porque aprendimos a pasarlo bien rápido. Por la mañana amasábamos el pan y lo metíamos al horno. Mientras, preparábamos el puré que tocara ese día. Un día era de habas, otro de guisantes, otro de habas, otro de guisantes. Después, aprovechaba la siesta del abuelo para ir por leña y a rellenar el bidón de agua. Aunque siempre era justo cuando más calor hacía. Cuando volvía, el abuelo olía mal y había que cambiarle.

(Al abuelo) ¡Ya está bien! Tienes que ayudarme o no podremos lavarte.

(Al público) Algunos días era tarea fácil, y aún tenía tiempo para jugar un poco con mi muñeca. Otros días... tardábamos toda la tarde. Después cenábamos. Luego jugaba otro rato con mis juguetes.

(Jugando con sus juguetes) “Oh, no. Nos hemos quedado sin gasolina. No importa, lo bueno de tener una casa-camión es que puedes dormir donde sea”. Y cuando llegaba la hora de dormir...

(Al abuelo) ¡Abuelo cuéntame un cuento!

Silencio.

(Al público) Pero ya nunca se acordaba de ninguno. Así que me tocaba a mí inventarlos.

RASUL y SOUMIA ayudan a PETITE a montar un teatro de sombras.

Ellos en realidad no están aquí. Soumia sigue en casa de Yasir y Rasul, un amigo que conoceréis más adelante, sigue repartiendo cartas. Pero ahora me van a ayudar a contarle una historia al abuelo. En el teatro se pueden hacer estas cosas. “Había una vez unas niñas, una mamá, un papá y un abuelo que vivían en una casa de adobe. Un día el papá de las niñas dijo: “Estoy cansado de ser tan pobre, me marchó”. Entonces, como las niñas, la mamá, el abuelo seguían siendo pobres, la niña mayor decidió trabajar de *petite bonne* a casa de un señor gordo y gritón. “¡Yo soy el señor Yasir y vais a trabajar todas para mí!”. Y la madre se fue a España en un barco para recoger fresas. A Petite, que era como llamaban a la pequeña, aunque ella lo odiara, cuando se quedaba sola, le gustaba pensar en su padre. No entendía por qué su padre se había ido. Su abuelo le decía que a veces para entender a los demás, había que caminar muchos pasos con los zapatos de las personas que no entendíamos. Por eso la niña, cuando pensaba en su padre, se ponía sus zapatos y echaba a andar por toda la casa, tratando de entender las razones por las que se había ido. Pero por más que andaba y andaba, nunca lograba entenderlo. Fin”.

(A SOUMIA y RASUL) Gracias. Ya podéis volver a vuestra parte de la historia.

RASUL y SOUMIA salen.

Y entre cuentos y tareas pasaron los noventa días que mamá iba a estar fuera.

Suena un timbre de bicicleta. Entra RASUL.

RASUL.— As salam u alaikum.¹

PETITE.— (*Al público*) Él es Rasul, el cartero de la aldea.

(*A Rasul*) Wa alaikum assalam.²

RASUL.— ¿Cómo estás, Petite?

PETITE.— Ya te he dicho que no me gusta que me llames así.

RASUL.— Mientras sigas siendo así de pequeñaja te seguiré llamando Petite.

PETITE.— Déjame montar en tu bicicleta.

RASUL.— No puedo. Hoy tengo que entregar muchas cartas.

PETITE.— ¿Ha escrito mi madre?

RASUL.— Tu madre no sabe escribir.

PETITE.— A lo mejor alguien la ha ayudado.

RASUL.— ¿Para qué? Si tú no sabes leer.

PETITE.— Sí, sé. Soumia me enseñó un poco.

RASUL.— ¿Ah, sí? Pues por aquí tengo alguna carta. Mira a ver si es la carta de tu madre.

PETITE coge el sobre y lo examina con mucha atención.

RASUL.— ¿Qué pone?

PETITE.— No sé. No tiene buena letra.

¹ Saludo islámico que quiere decir “que Dios te dé protección y seguridad”.

² Forma en la que se responde al saludo islámico.

RASUL.— Ya, eso me parecía a mí. Me voy, Petite.

PETITE.— Si ves una carta de mi madre me la traes.

RASUL.— Olvídate de las cartas. Las temporeras llegan en el tren de las seis.

PETITE.—¿Ya? ¿Vuelven hoy?

RASUL.— No sabes en qué día vives.

PETITE.— ¡No sabía que era hoy! ¡Qué bien! ¿Vas a ir a casa del señor Yasir?

RASUL.— Alguna carta tengo para él.

PETITE.— Si ves a Soumia dile que mamá llegará en el tren de la seis.

RASUL.— Se lo diré. Adiós, Petite.

PETITE.— Adiós. ¡Y deja de llamarme así!

4. Cuando mamá no llega

PETITE.— (*Al público*) Esa noche no podía dormir. Mamá se estaba retrasando y yo sentía que tenía una rana saltando dentro de mi barriga. El abuelo tampoco podía dormirse. Traté de contarle alguna historia pero tenía la mente en blanco. Poco a poco nos fuimos quedando dormidos esperando a que a la mañana siguiente nuestra vida cambiara para siempre.

¡Mamá!

PETITE mira a su alrededor.

¡Mamá!

PETITE sale de casa.

¿Mamá?

Silencio.

(*Al público*) Pero mamá no estaba allí. Después de un rato esperando, empecé con las tareas de la casa. Como llevaba tanto tiempo haciéndolas, ya me había acostumbrado y las hacía muy rápido: amasar el pan, meterlo en el horno, preparar el puré de guisantes, barrer la casa, comer, regañar al abuelo por tirar las migas al suelo, barrer otra vez, ir a por leña...

Un timbre de bicideta. Llega RASUL.

RASUL.— ¡Petite! ¿Cómo está tu abuelo hoy?

PETITE.— Cansado. No hemos dormido muy bien. Nos dolía la barriga.

RASUL.— Deberíais estar contentos ahora que ha vuelto tu madre.

Silencio.

¿Qué pasa?

PETITE.— ¿Tienes alguna carta para mí?

RASUL.— Ya sabes que no.

PETITE.— Míralo, por favor.

RASUL comienza a revisar las cartas. PETITE desea con los ojos cerrados que alguna sea de su madre.

RASUL.— Nada. ¿No ha llegado tu madre?

PETITE.— No sé qué le ha podido pasar.

RASUL.— No te preocupes. A lo mejor ha perdido el tren y se retrasa un par de días. Me voy, que tengo mucho trabajo.

PETITE.— ¿Vas a casa del señor Yasir?

RASUL.— Si hay cartas...

PETITE.— ¿Puedes mirarlo?

RASUL.— No puedo ponerme ahora a revisar todas las cartas.

PETITE.— Llévame contigo.

RASUL.— No puedes dejar a tu abuelo solo.

PETITE.— Es su hora de la siesta. Si me llevas en bici llegaré a casa antes de que despierte.

RASUL.— Sube.

PETITE sube a la bicicleta. RASUL pedalea hasta casa del señor YASIR.

PETITE.— Cuando sea mayor te llevaré en mi casa-camión. Te lo prometo.

RASUL deja a PETITE en casa de YASIR y sale. PETITE le dice adiós con la mano. SOUMIA le agarra del brazo y tira de ella para esconderla. SOUMIA empieza a cantar para disimular que está hablando con alguien.

SOUMIA.— La,la-lá,la-lá. ¿Qué haces aquí? Te he dicho mil veces que no puedes venir. La,la-lá. ¿Con quién has dejado al abuelo?

PETITE.— Está durmiendo la siesta.

SOUMIA.— La-lá. Tienes que aprender a cumplir con tus responsabilidades.

PETITE.— Soumia, mamá no ha vuelto.

SOUMIA se queda pensativa un momento. Después sigue limpiando y cantando.

PETITE.— Soumia...

SOUMIA.— Habrá perdido el tren.

PETITE.— Mamá no pierde trenes.

SOUMIA.— Mamá es también una persona y como cualquier persona puede perder un tren. No le des más vueltas.

PETITE.— ¿Y dos trenes?

SOUMIA.— Llegaré cuando tenga que llegar. La, la-lá...

PETITE.— Cantas fatal.

SOUMIA.— Tengo que terminar esto antes de que venga Yasir.

PETITE.— Pero...

SOUMIA.— Tienes que volver con el abuelo. Yo iré a veros el viernes.

PETITE.— No nos queda aceite. Y estoy cansada del puré de guisantes y del puré de habas. ¿No nos puedes traer otra cosa?

SOUMIA.— Aquí solo tenemos guisantes y habas. Deja de ser tan pedigüeña. Y no malgastes el aceite.

PETITE.— ¿Crees que mamá estará el viernes?

SOUMIA.— No lo sé. Ahora vete que nos van a ver.

PETITE.— Pero tiene que estar porque es el cumple del abuelo.

SOUMIA.— Vete, Petite.

PETITE.— ¡Deja de llamarme así!

SOUMIA sale canturreando. PETITE recorre el camino a casa.

(Al público) Cuando llegué a casa, el abuelo ya se había despertado. Seguimos el día como siempre. Fuimos a limpiarnos y cenamos un poco de pan con muy poco aceite para no malgastarlo. Después empecé a pensar en un cuento, pero mientras pensaba el abuelo había ido cerrando los ojos y sin público yo no sabía contar historias. Así que me tumbé también. Empecé a dar vueltas y vueltas. Vueltas y vueltas. No hubo manera. Era como si se me hubiera olvidado cómo dormir.

5. La sed

A la mañana siguiente ninguno teníamos fuerzas para despertarnos. Se había acabado el agua y teníamos la boca seca.

(Al abuelo) Qué tarde es. Mira el sol, qué arriba está. Hace demasiado calor como para ir a por agua, abuelo.

(Al público) Nos quedamos así, en silencio. Sin hacer las tareas, porque no teníamos fuerzas. De comer... otro mendrugo de pan con unas gotas de aceite, para no malgastar. El abuelo abría la boca así. Y respiraba fuerte. Luego también empecé a hacerlo yo. Teníamos mucha sed, pero la fuente parecía estar tan lejos... Empezamos a quedarnos dormidos. Primero el abuelo, después yo. Cuando despertaba pensaba en ir a rellenar el bidón, pero entonces en mi cuerpo empezaban a saltar chispitas. Era como si un montón de hormigas invisibles me mordieran los brazos y las piernas. A veces habría los ojos y era de noche. Otras de día. A veces despertaba y veía a mamá.

La MADRE recoge fresas junto a otras mujeres.

Mamá.

La MADRE cree oír algo. Pero no se da la vuelta.

Mamá, estamos aquí.

La MADRE se gira y les sonríe. Entonces, un capataz la pide que vuelva al trabajo y la MADRE desaparece.

¿Mamá?

(Al público) No sé si os pasa pero yo a veces creo que contando hasta diez todo se puede solucionar.

Diez. Prepararemos té.

Nueve, ocho y siete. Con agua de la fuente.

Seis, cinco, cuatro. Mamá estará en el cuarto.

Tres, dos, uno, y haremos el desayuno.

PETITE abre los ojos pero no hay nada ahí. Los vuelve a cerrar.

A veces, hay que contar hasta veinte.

Veinte, diecinueve, dieciocho. El abuelo abrirá los ojos.

Diecisiete, dieciséis, quince, catorce. La comida aparecerá de golpe.

Trece, doce, once, diez. Pero nada de purés.

Nueve, ocho, siete, una pastela y... un filete.

Seis, cinco, cuatro. Soumia saldrá del trabajo.

Tres, dos, uno cero. Cuando abra los ojos lo veo.

PETITE abre los ojos.

Os prometo que a veces funciona.

PETITE se vuelve a desmayar.

Y así estuvimos, no sé cuánto tiempo. A veces dormidos. Otras desmayados. Si nos despertábamos, estábamos mojados por el sudor. Ya no quedaba aceite, pero sí unos garbanzos tostados.

(Al abuelo) Toma, abuelo. Son garbanzos. Como no puedes morderlos, mejor los vas chupando, como si

fuera un dulce, así durará más.

(Al público) Y mientras chupábamos uno tras otro, nos fuimos quedando dormidos de nuevo. Así, hasta que llegó la gran tormenta.

La casa de PETITE es sacudida por una fuerte tormenta. PETITE está dormida sobre el regazo de su abuelo. Suena el timbre de RASUL, pero PETITE no parece oírlo. RASUL entra en la casa.

RASUL.— ¡Petite! ¡Petite, despierta! Tu abuelo está bajo la lluvia. Tenemos que taparle antes de que alguien le vea.

PETITE despierta de pronto.

PETITE.— ¿Mamá?

RASUL.— No, Petite, soy Rasul.

PETITE.— ¿Por qué has tardado tanto? Tengo sed.

RASUL.— ¿Cuánto tiempo lleváis así?

PETITE.— Veinte, diecinueve, dieciocho. El abuelo abrirá los ojos.

RASUL toma agua de su bicicleta y le da de beber a PETITE.

RASUL.— ¿Cuánto tiempo llevas sin ir a por agua?

PETITE.— Rasul. ¿Hay alguna carta para mí?

RASUL.— Tienes que ir a tapar a tu abuelo. Se está mojan-do.

PETITE.— Está durmiendo.

RASUL.— No está durmiendo, Petite. Está bebiendo el agua de la lluvia. Le va a sentar mal.

PETITE.— No le despiertes. Querrá desayunar. Y no hay nada para desayunar.

Silencio.

RASUL.— Voy a llevarte con tu hermana. Espera aquí.

PETITE.— (*Al público*) Pero Rasul no fue a avisar a Soumia. Rasul sabía que Soumia debía ser una *petite bonne* para que nosotros estuviéramos bien. Así que ese día él se quedó con nosotros.

RASUL.— Se han mojado todas las cartas. No sirve de nada entregarlas así.

PETITE.— (*Al público*) Nos trajo dos bidones llenos, de los que pudimos beber y limpiarnos.

RASUL.— Me quedaré hasta que te encuentres mejor.

PETITE.— Empecé a encontrarme mejor.

RASUL.— Pero esto será nuestro secreto ¿eh?

PETITE.— (*Al público*) Rasul quería mantenerlo en secreto porque no estaba bien visto que te quedaras a dormir si no eras parte de la familia. Y casi logramos mantenerlo en secreto. Casi.

Los dos miran al abuelo.

Soumia no se hubiera enterado de nada si el abuelo no se hubiera puesto malo.

Dos días después de la tormenta, el abuelo empezó a toser muy fuerte.

RASUL.— Tienes que decírselo a Soumia.

PETITE.— No te preocupes. Le estoy dando té de menta y limón.

RASUL.— No sé si es suficiente con eso.

PETITE.— (*Al público*) Empezó a tener fiebre.

RASUL.— Moja este paño en agua.

PETITE.— Yo le ponía todas las mantas que teníamos en casa.
Pero no servía de nada.

RASUL.— Petite, hay que avisar a Soumia para que venga a verlo un médico.

PETITE.— (*A RASUL*) Pero...

RASUL.— Petite, tu abuelo está enfermo.

PETITE.— Soumia se va a enfadar.

RASUL.— ¿Por qué?

Silencio.

Tu abuelo es muy mayor, Petite. Es normal que pasen estas cosas.

Silencio.

PETITE.— ¿Tú crees que se va a curar?

RASUL.— No lo sé.

Pausa.

Ve a ver a Soumia. Yo me quedo con él.

PETITE.— No, ve tú. Contigo no se enfadará.

RASUL.— Es mejor que se lo digas tú.

PETITE.— Si Yasir me ve, lo pagará con Soumia.

RASUL.— No te verá. Eres genial escondiéndote.

PETITE.— (*Al público*) Rasul nunca había dicho que yo fuera

genial en nada. Y aunque fuera verdad... porque se me da súper bien esconderme, en ese momento supe que era Rasul quien me estaba escondiendo algo.

(A RASUL) ¿Es que te da vergüenza hablar con mi hermana?

RASUL.— ¿A mí? No.

PETITE.— (Al público) Un poco sí le daba.

RASUL.— Bueno, un poco. ¿Ella lo sabe?

PETITE hace un gesto de “un poquito” con los dedos.

Vaya.

Pausa.

Petite. Hay otra cosa que tienes que decirle a tu hermana.

PETITE.— (Al público) No, no lo dijo así. Lo dijo más serio. Como si una nube negra se le hubiera sentado en la frente.

RASUL.— Petite. Hay otra cosa que tienes que decirle a tu hermana.

PETITE.— Así mejor.

RASUL.— Tu madre os ha estado escribiendo cartas.

PETITE.— (Al público) ¿Cómo?

(A RASUL) ¿Cómo?

RASUL.— Perdóname, Petite.

6. La oferta

PETITE comienza su camino a casa del señor YASIR.

PETITE.— Vale, a lo mejor yo no me porté bien cuando dejé de ir a por agua. Pero Rasul tampoco se había portado nada bien cuando decidió escondernos las cartas de mamá. Yasir se las había pedido a cambio de una propinilla. Pero, ¿para qué quería el señor Yasir las cartas de nuestra madre?

PETITE avanza sigilosa hacia SOUMIA que está vendándose la mano. A su alrededor hay habas y una gran cesta de mimbre. Cuando PETITE le toca el hombro, SOUMIA pega un brinco.

SOUMIA.— ¿Qué haces aquí?

PETITE.— No tenemos harina.

SOUMIA.— No haberla malgastado.

PETITE.— Te prometo que no la he malgastado.

SOUMIA.— Tienes que irte. Yasir va a venir y no te puede ver.

PETITE.— ¿Cómo te has quemado?

SOUMIA.— Haciendo pan.

PETITE.— Pero si tu siempre tienes mucho cuidado.

SOUMIA.— Te he dicho que te vayas.

PETITE.— El abuelo está enfermo. Tose muy fuerte.

SOUMIA.— ¿Cómo? ¿Cuánto lleva así?

PETITE.— Unos días.

SOUMIA.— ¿Cuántos días?

PETITE.— Desde la tormenta.

SOUMIA.— Tenías que habérmelo dicho antes.

PETITE.— No pude. También me puse mala yo. Pero ya estoy bien. Y mamá nos ha mandado cartas. Pero yo no las tengo. Las tiene...

Aparece la sombra de un hombre bajito y rechoncho.

YASIR.— ¡Soumia! ¿Se puede saber con quién hablas?

PETITE vacía el contenido de una de las cestas y se mete debajo.

PETITE.— (Al público) Os lo dije. Soy súper buena.

SOUMIA.— Hablaba con las habas.

YASIR.— Con las habas ¿eh? ¿Y qué hacen todas tiradas por el suelo? Nadie las comprará si las golpeas.

SOUMIA.— Separo las malas de las buenas.

YASIR.— Mis habas son todas buenas. Así que deja de perder el tiempo y ven a masajearme los pies.

PETITE.— Puaj.

SOUMIA.— Ahora mismo, señor.

PETITE.— Tú no tienes que hacer esas cosas.

SOUMIA.— Ni tú dejar al abuelo solo.

PETITE.— Está con Rasul.

SOUMIA.— Rasul tiene sus responsabilidades. Y tú las tuyas.

PETITE.— Se está aprovechando de ti.

YASIR.— ¡Silencio! ¿Qué hay debajo de esa cesta?

SOUMIA.— ¿Debajo? ¿Dónde?

YASIR.— ¿Tengo que explicarte ahora lo que es encima y lo que es debajo? La cesta ¡Levántala!

SOUMIA.— ¿Esta? Solo es...

YASIR.— Soumia. La cesta.

SOUMIA.— Sí, señor.

SOUMIA levanta la cesta y descubre a PETITE.

YASIR.— Creí que había quedado claro que tu hermana no podía venir por aquí.

SOUMIA.— Ha sido ella, señor. Yo le he dicho que se marche.

YASIR.— ¿Has venido a robar, jovencita?

PETITE.— Yo no quiero nada tuyo.

YASIR.— Mejor. Porque a partir de ahora Soumia no os llevará ni una sola haba de esta cosecha.

SOUMIA.— No, señor Yasir, se lo ruego. Mi madre aún no ha vuelto, y también tenemos un abuelo que está enfermo.

YASIR.— Las normas son las normas. Tengo pruebas de que esta mocosa ha venido más días a robar.

PETITE.— ¡Eso no es verdad!

SOUMIA.— Con todo el respeto, señor. Pero mi hermana no ha robado nada.

YASIR.— Creo que he sido muy generoso dándoos parte de la cosecha. Pero encima queréis más.

SOUMIA.— Señor, se lo ruego. Perdónenos.

YASIR.— Haberlo pensado antes.

SOUMIA.— Señor, si nuestra madre no vuelve, no tendrán nada que comer.

YASIR.— Está claro que vuestra madre ha encontrado cosas más interesantes que vosotras en España.

PETITE.— Eso es mentira.

YASIR.— Deberías tratarme con más respeto, niña.

PETITE.— Y tú a nosotras.

YASIR.— Respóndeme niña. ¿Tu quieres que tu abuelo se ponga bueno?

Silencio.

Vas a tener que hablar más alto.

PETITE.— Sí, señor.

YASIR.— Necesitará buenos alimentos y medicinas, ¿no crees?

PETITE.— Sí.

YASIR.— Sí, ¿qué?

PETITE.— Sí, señor.

YASIR.— Además, por lo que me ha dicho tu hermana, ya has cumplido ocho años, ¿verdad?

PETITE.— Verdad, señor.

YASIR.— A esa edad tu hermana empezó a trabajar para que

tu madre pudiera quedarse contigo y con tu abuelo
¿No crees que es hora de devolverle el favor?

SOUMIA.— Pero alguien tiene que cuidar de nuestro abuelo,
señor.

YASIR.— Escuchadme las dos. Yo soy el primero que quiere
que vuestra madre vuelva para que podáis ir a la es-
cuela. Pero no ha sido así. Quién sabe dónde estará
vuestra madre ahora. No podéis vivir del aire.

Pausa.

Os estoy ofreciendo una solución. La solución de que
ambas trabajéis para mí...

PETITE.— (*Interrumpiendo*) Pero...

YASIR.— ... a cambio de que una de las dos pueda volver a
casa cada noche. ¿Qué os parece?

SOUMIA.— Señor, eso sería muy generoso de su...

YASIR.— (*Interrumpiendo*) No, no me digáis nada ahora. Pen-
sadlo. Pensad, y mañana me dais una respuesta. ¿Ha
quedado claro?

SOUMIA.— Sí, señor.

SOUMIA le da un codazo a PETITE.

PETITE.— Sí, señor.

YASIR.— Os dejo un rato para que lo habléis. Pero luego no
quiero volver a ver a esta niña en mi huerta a no ser
que esté trabajando en ella. ¿De acuerdo?

*YASIR sale. SOUMIA y PETITE se quedan en silencio hasta
que se aseguran de que se ha ido.*

PETITE.— Él sabe dónde está mamá. Se está quedando con sus cartas. Me lo ha dicho Rasul.

SOUMIA.— ¿Y para qué iba a querer las cartas de mamá?

PETITE.— Tienes que encontrar dónde las guarda y robarlas.

SOUMIA.— No voy a hacer algo así.

PETITE.— Tenemos que saber qué quiere decirnos mamá.

SOUMIA.— Lo que tenemos que intentar que Yasir esté contento con nosotras.

Silencio.

Petite, puede que mamá no vuelva en mucho tiempo. Y yo... estoy muy cansada.

PETITE.— *(Al público)* Cuando un adulto te dice algo así, es como si de repente te transportaran a otro mundo. Un mundo en el que los niños y los adultos son iguales. Donde ellos no tienen que hacer siempre que son los más fuertes. O los más sabios. O los más valientes. Lo malo es que siempre que un adulto te trata así, es siempre para decirte cosas como...

SOUMIA.— Estoy muy cansada.

PETITE.— Nunca. Nunca es para algo divertido.

(A SOUMIA) Si de verdad te importásemos ya habrías dejado de trabajar para Yasir. A lo mejor mamá nos necesita y a ti te da igual. Solo te interesa tu trabajo.

SOUMIA.— Petite.

PETITE.— *(Al público)* Estaba tan enfadada que hice como que no la oía. También se me da muy bien hacerme la despistada.

SOUMIA.— Petite.

PETITE.— (*Al público*) Habla chucho que no te escucho.

SOUMIA.— Amal.

PETITE se gira hacia su hermana.

PETITE.— Qué.

SOUMIA.— Toma. Llévate estas habas.

PETITE dobla su camisa para recoger habas y sale. SOUMIA vuelve al trabajo.

7. El cumpleaños del abuelo

PETITE.— *(Al público)* Cuando llegué a casa...

(a RASUL) ¡Ah! ¡Rasul, despierta!

RASUL.— ¿Ya estás de vuelta?

PETITE.— Ayúdame. El abuelo se ha caído.

RASUL.— ¿Cómo? Lo siento, no...

PETITE.— Si no sabes cuidarlo, mejor no lo hagas

PETITE y RASUL ayudan al abuelo a sentarse de nuevo.

RASUL.— Perdona, Petite.

PETITE.— *(Al público)* No sé por qué le hablé así a Rasul. Yo no quería hablarle así. Me había hecho un favor quedándose con el abuelo, no se merecía que le hablara así.

RASUL.— ¿Qué ha dicho Soumia?

PETITE.— Soumia no se cree lo de las cartas. Y ya no nos van a ayudar más. Yasir dice que se acabó la limosna.

RASUL.— ¿Y esas habas?

PETITE.— Son las últimas.

PETITE comienza a preparar las habas.

RASUL.— El abuelo ha estado mejor hoy.

PETITE.— Cómo lo sabes si te has quedado dormido.

RASUL.— Ha hablado, ¿sabes? Le estaba cambiando de ropa

y entonces me ha cogido del brazo así y me ha dicho
“Hoy es mi cumpleaños”.

PETITE.— Eso lo dice todos los días.

RASUL.— Ah.

PETITE.— Gracias, Rasul. Ya puedes irte.

RASUL.— Siento no haberme dado cuenta de...

PETITE.— No importa.

RASUL.— Oye y, ¿cuándo es el cumpleaños del viejo entonces?

PETITE.— El primero de junio.

RASUL hace cuentas.

RASUL.— Petite.

PETITE tira las habas al suelo.

PETITE.— ¡Lo había olvidado! ¡Felicidades, abuelo.

RASUL.— Eid milad saeid, señor³.

Pausa.

Os dejo que lo celebréis.

PETITE.— No, quédate, por favor. Vamos a celebrarlo juntos.

RASUL.— Todavía me quedan unas cartas que repartir.

Silencio.

Pero puedo acercarme cuando acabe. Si te parece bien.

PETITE.— ¡Sí! Prepararé algo.

RASUL.— Genial. Nos vemos después. ¡Hasta luego, señor!

³ “Feliz cumpleaños”

PETITE.— *(Al público)* Como el abuelo seguía tosiendo, hice una sopa de habas. Mientras se cocía la sopa, yo tarareaba una canción y él bailaba meciéndose en su silla.

PETITE tararea una canción. SOUMIA entra en casa, uniéndose al tarareo. PETITE parece no darse cuenta. Después ella calla, pero la canción sigue. SOUMIA empieza a mecer la silla de su abuelo.

SOUMIA.— Me gustaba que papá cantara esa canción.

Las dos hermanas se quedan mirando un momento.

PETITE.— Se me había olvidado el cumple del abuelo.

SOUMIA.— A mí también.

PETITE.— No tenemos dulces. No podemos celebrarlo sin dulces.

SOUMIA.— Cierra los ojos.

PETITE.— ¿Por qué?

SOUMIA.— Ciérralos.

SOUMIA saca una cesta llena de comida.

Ábrelos.

PETITE.— ¡Oh! ¿De dónde has sacado todo eso?

SOUMIA.— He estado saldando las cuentas pendientes que teníamos con el señor Yasir.

PETITE.— ¿Se lo has robado?

SOUMIA.— ¡Por supuesto que no! Nunca, nunca, nunca haría algo así.

PETITE.— ¿Entonces?

SOUMIA.— Lo preparó Lalla Melissa. Me ha dicho “Toma,

niña. Para tu abuelo. Corre a llevárselo que yo le digo a Yasir que has dormido aquí.”

PETITE.— (*Al público*) Lalla Melissa era la cocinera de Yasir. Mamá nos contó que de jóvenes el abuelo y ella habían estado enamorados. Recuerdo que cuando mi madre me lo contó, no entendí muy bien qué era eso de estar enamorados. Así que la pregunté.

(*A su MADRE*) ¿Y cómo sabían que estaban enamorados?

MADRE.— Porque se lanzaban miradas de amor.

PETITE.— ¿Y cómo son las miradas de amor?

MADRE entrecierra los ojos como si estuviera a punto de dormirse.

Pues si a mí alguien me mira así, salgo corriendo.

(*Al público*) Mamá también nos contó que el abuelo era muy joven entonces, y no tenía nada que ofrecer al padre de Lalla Melissa a cambio de su mano. Por eso, Lalla Melissa terminó casándose con otro hombre. Pero mamá, Soumia y yo sabemos que en secreto siempre siguió enamorada del abuelo. Y en cuanto a lo que sentía el abuelo... supongo que eso ya será un misterio para siempre.

SOUMIA.— Bueno, vamos a comer que estoy muerta de hambre.

SOUMIA y PETITE.— Bismillah.⁴

⁴ Quiere decir “en el nombre de Dios” y sirve para bendecir la mesa.

PETITE.— (*Con la boca llena*) La comida de Lalla Melissa era lo mejor que había probado en mi vida. El abuelo siempre nos decía que había que dejar una parte del estómago para la comida, otra para el agua y otra para el aire. Que así nuestro cuerpo estaría sano y por lo tanto nuestra alma también. Aquel día ninguno nos acordamos de dejar un hueco para el aire. Ni siquiera el abuelo.

PETITE y SOUMIA están tumbadas en el suelo reposando el atracón.

SOUMIA.— Agh, qué mal huele.

PETITE.— Ha sido el abuelo.

SOUMIA.— ¡Mentirosa!

SOUMIA le hace cosquillas a PETITE. PETITE se levanta y se asoma a la puerta.

¿Qué haces?

PETITE.— Nada.

SOUMIA.— ¿Esperas a alguien?

PETITE.— No.

SOUMIA.— He traído algo más.

SOUMIA le enseña a PETITE las cartas de su madre.

PETITE.— ¡Las cartas!

Cuando PETITE se acerca a mirarlas, SOUMIA le da una colleja.

PETITE.— ¡Au!

SOUMIA.— ¡Cómo se te ocurre decirle a Rasul que venga en mitad de la noche! ¿Qué iban a decir los vecinos?

PETITE.— Él lo dijo. Quería celebrar el cumple del abuelo.

SOUMIA.— Eres una inconsciente.

PETITE.— *(Al público)* Ese era el insulto favorito de mi hermana. Bueno ese y también “descerebrada”.

SOUMIA.— *(Interrumpiendo)* Una descerebrada.

PETITE.— ¿Te las ha dado Rasul?

SOUMIA.— No. Aunque me ha pedido perdón.

RASUL y SOUMIA representan “la escena del perdón” según como PETITE se la imagina.

RASUL.— Perdóname, Soumia.

SOUMIA.— ¿Cómo voy a perdonarte? Hemos estado muy preocupadas por no saber nada de nuestra madre.

RASUL.— Sin tu perdón, este dinero no me sirve para nada.

SOUMIA.— Haberlo pensado antes.

RASUL.— Perdóname. Yasir me dijo que os las leería él porque vosotras no sabíais.

SOUMIA.— Y tú le creíste.

RASUL.— Sí, pero luego le dije que si no os las leía, no le entregaría más cartas.

SOUMIA.— Rasul, nunca podré perdonarte. Ahora apártate de mi vista.

PETITE.— Bueno, a lo mejor no sucedió exactamente así. Pero en el teatro se pueden exagerar las cosas. La verdad es que Soumia no quería que Rasul se fuera. Pero él tenía que saber lo enfadada que estaba por habernos escondido las cartas. Rasul entonces le mandó una mirada de amor a Soumia.

RASUL mira a SOUMIA con los ojos entrecerrados. SOUMIA mira hacia otra parte.

El amor a veces tiene esas contradicciones.

(A SOUMIA) Entonces, ¿Le has robado las cartas a Yasir?

SOUMIA.— No se roba lo que es de uno. He dejado los sobres y he cogido las cartas de dentro. Así no se dará cuenta.

PETITE.— Y, ¿qué pone?

Las dos hermanas miran con detenimiento las cartas. PETITE coge una carta y empieza a hacer como que la lee.

PETITE.— “Queridas hijas, y querido abuelo. Espero que estéis bien. Yo estoy muy bien en España. Por las mañanas recogemos fresas gigantes y sabrosas. Nunca pasamos hambre porque nos dejan comer todas las que queramos. Por las tardes vamos a la playa y jugamos partidos de fútbol y nos reímos un montón. Luego compramos helado y volvemos a nuestras casas que también son muy grandes, con muchas habitaciones y muchos espejos donde mirarse...”

SOUMIA.— Qué tonterías dices. Déjame a mí. “Queridas hijas, y querido abuelo. Por cierto abuelo, muchas felicidades que ya sé que hoy es tu cumpleaños. ¿Cómo estáis ángeles míos?”

PETITE.— Mamá nunca nos ha llamado así.

SOUMIA.— “¿Cómo estáis ángeles míos? Yo estoy cansada. El trabajo aquí es muy duro, pero estoy rodeada de buenas compañeras que consiguen hacerme reír. Aunque no tanto como vosotras, claro. Os echo muchísimo de

menos. Me consuela saber que cuando vuelva Amal podrá volver a la escuela y Soumia y yo podremos comprar un telar para tejer en casa alfombras preciosas y no tener que ver a Yasir nunca más. Os quiero, mamá”.

PETITE.— ¿Un telar?

SOUMIA se encoge de hombros.

No es mala idea.

Pausa.

Se ha dormido.

SOUMIA.— Nunca le había oído toser tan fuerte. ¿Entonces, dices que se mojó?

PETITE.— Salió fuera sin que me diera cuenta.

SOUMIA.— ¿Y qué estabas haciendo para no darte cuenta?

PETITE se encoge de hombros.

¿Qué pasa, Petite?

PETITE.— Nada.

SOUMIA.— ¿Seguro? Porque tienes arrugada la nariz.

SOUMIA abraza a PETITE.

PETITE.— Cuéntame un cuento.

SOUMIA.— Yo no sé contar cuentos.

Silencio.

Había una vez dos hermanas que tenían un telar. Una noche una de las alfombras que habían tejido empezó a moverse. La hermana pequeña, al darse cuenta, des-

pertó a la hermana mayor para contárselo, pero ella no la creyó y le pidió que se volviera a dormir. A la mañana siguiente fueron a vender la alfombra al mercado. Su alfombra no era la más grande, ni la más bonita, y nadie parecía quererla. Justo cuando iban a irse a su casa, un hombre se acercó. “La compro por quinientos dirhams”. Las hermanas sabían que valía mucho más, pues habían estado muchos días haciéndola, así que le dijeron al hombre que lo sentían y se fueron a casa.

Esa noche la hermana pequeña volvió a ver cómo la alfombra se levantaba del suelo, pero cuando fue a avisar a su hermana, ella tampoco la creyó. Al día siguiente en el mercado, nadie quiso comprar la alfombra. Cuando estaban recogiendo el mismo hombre se acercó. “La compro por doscientos dirhams”.

“Pero ayer nos ofreciste más” dijo la hermana mayor. “Os he restado el tiempo que me estáis haciendo perder. Dádmela ¿No veis que os estoy haciendo un favor?” “Está bien, deje que se la prepare”, dijo la hermana mayor.

La hermana pequeña se enfadó mucho por venderla por tan poco dinero. “Podemos pedir mucho más”.

“Si no la vendemos hoy, no tendremos qué comer”, le respondió la hermana mayor.

En ese momento una mujer muy anciana se acercó también a la tienda y pidió ver la alfombra.

“Lo siento señora, pero se la hemos vendido a este hombre.”

“Yo os ofrezco el doble” dijo la anciana.

La hermana pequeña acercó la alfombra a la anciana para que la pudiera ver de cerca.

“¿Ah, sí?, pues yo ofrezco el triple” dijo el hombre.

“¿Ofrece algo más, señora?”

Entonces la anciana después de quedarse un rato pensativa, dijo “Os ofrezco dos mil dirhams”.

“Esta alfombra no vale tanto dinero. Mírela. Está llena de fallos y tiene las puntas curvas porque la han apretado los nudos demasiado.”

“Si no la quiere, váyase” dijo la hermana pequeña. Así que el hombre se fue refunfuñando.

Cuando las hermanas le pidieron el dinero a la anciana, ella les dijo que nunca tendría el dinero para pagar por aquella alfombra, ya que tenía un precio incalculable. Su alfombra era una alfombra mágica.

“Lo sabía” dijo la hermana pequeña.

La hermana mayor se puso a llorar. Habían perdido la oportunidad de vender la alfombra a un buen precio y tendrían que pasar otro día sin comer. La anciana, para calmarla, las invitó a su casa a cenar. Después de cenar la anciana se acercó a la alfombra y dijo “Levántate”. Entonces, ante la sorpresa de las hermanas, la alfombra comenzó a levitar sobre el suelo. La hermana mayor dijo: “Pero, ¿cómo puede ser posible? La hemos tejido con nuestras propias manos.”

A lo que la anciana respondió: “Algunas alfombras pueden escuchar los pensamientos y anhelos de las tejedoras que las hacen. Y si las tejedoras han trabajado bien y son merecedoras de esos anhelos, entonces las alfombras pueden volverse mágicas. Aunque la alfombra tenga fallos, ese hombre sabía que habíais trabajado duro en ella, y que al ser tan jóvenes, sin duda estaría llena de anhelos y por lo tanto podría ser mágica.”

Las hermanas le dieron las gracias a la anciana y volvieron volando en la alfombra a su casa.” Fin.

PETITE.— No. Entonces las niñas volaron hasta España a recoger a su madre, que puso una cara muy graciosa cuando las vio llegar volando. Y las tres se quedaron a vivir en una playa para siempre.

SOUMIA.— Bueno, pero en algo tendrían que trabajar ¿no?

PETITE.— No, ya habían trabajado suficiente.

SOUMIA.— Venga a dormir, que ya es tarde.

Pausa.

PETITE.— Soumia, ¿qué es el anhelo?

SOUMIA.— El anhelo es... como un sueño que está muy enterrado en el fondo del corazón de las personas.

PETITE.— ¿Y por qué está enterrado?

SOUMIA.— Porque normalmente a las personas les da vergüenza reconocer que tienen esos sueños.

PETITE.— Qué tontería. A mí no me dan vergüenza mis sueños.

Pausa.

Que el abuelo vuelva a contarnos una historia, ¿es un anhelo?

SOUMIA.— Eso es.

PETITE.— Y que vuelva papá.

SOUMIA.— También.

PETITE.— ¿Y mamá?

SOUMIA.— No. Que vuelva mamá no es un anhelo.

PETITE.— Porque ella va a volver.

SOUMIA.— Claro. Pero puede que tarde mucho tiempo aún.

Silencio.

¿Has pensado ya lo que te ha ofrecido Yasir de trabajar como *petite bonne*?

PETITE.— (*Al público*) Era tan injusto, pero ¿qué iba a hacer? El abuelo necesitaba medicinas y Soumia necesitaba que le echaran una mano. Era como si ya solo quedara ser aquello que me había prometido que nunca sería. Una *petite bonne*. A veces, cuando a una la llaman mil veces lo mismo, termina por creerse que ya no puede ser nadie más.

(*A SOUMIA*) Está bien.

SOUMIA besa a su hermana.

SOUMIA.— Descansa. Mañana será un largo día.

8. Adiós, señor Yasir

PETITE.— *(Al público)* Esa mañana nos levantamos antes de que saliera el sol. No habíamos podido dormir mucho porque el abuelo se había pasado toda la noche tosiendo. Cuando llegamos a casa del señor Yasir, él todavía dormía. Soumia empezó a explicarme lo que había que hacer. Cómo se limpiaban los baños. Qué productos usar y cuáles no, porque me podía quemar las manos como ella. Cuando lo tuve claro, Soumia se fue al huerto y yo empecé a limpiar. Entonces Yasir se despertó.

YASIR.— ¿Qué haces aquí?

PETITE.— Empezar mi primer día.

YASIR.— ¡Soumia! ¡Soumia!

SOUZIA llega corriendo.

SOUZIA.— ¿Sí, señor?

YASIR.— Dile a tu hermana que recoja sus cosas ahora mismo. No quiero verla por aquí.

PETITE.— *(Al público)* A ver si se aclara.

SOUZIA.— ¡Sshh! Lo siento, señor. No comprendo. Ayer dijo que...

YASIR.— Pues hoy digo que no quiero volver a ver a ninguna hija de esa mujer trabajando para mí. Bueno, tú sí Soumia, pero tómallo como una acción de caridad.

PETITE.— ¿Sabe algo de nuestra madre, señor?

YASIR.— Yo y todo el pueblo. Si la gente sabe que estoy empleando a sus hijas será mi ruina.

PETITE.— (*Al público*) Lo que ocurrió es que mamá había salido en la tele junto a otras temporeras. Llevaban carteles de protesta porque sus jefes no les habían pagado lo que les debían. Algunos del pueblo habían reconocido a mi madre y habían empezado a insultarla.

HOMBRE 1.— ¡Sinvergüenza!

HOMBRE 2.— Esa mujer se quiere quedar en España y abandonar a sus hijas.

HOMBRE 3.— Por su culpa van a dejar de dar trabajo a nuestras mujeres.

HOMBRE 1.— Yasir, cuidado con Soumia. Ya sabes lo que se dice. De tal palo tal astilla.

HOMBRE 2.— Esa niña no te dará más que problemas.

PETITE.— (*A YASIR*) Mi madre no es una sinvergüenza.

YASIR.— Tu madre se está inventando historias para aprovecharse de quienes le han dado una oportunidad.

PETITE.— Y usted se está aprovechando de nosotras porque estamos solas y nuestro abuelo está enfermo.

YASIR.— Soumia, saca a tu hermana de aquí, ahora mismo.

Soumia no hace nada.

PETITE.— Usted es un ladrón. Nos ha estado robando las cartas de mamá para que no supiéramos nada de ella. Es usted el que se está inventando historias.

YASIR.— ¡Soumia! Haz lo que te he dicho.

SOUMIA.— Lo que dice mi hermana es verdad, señor.

YASIR.— No sé qué os ha contado el cartero ese, pero estáis equivocadas.

PETITE.— Si le hace algo a Rasul le contaremos a todo el mundo lo que usted ha hecho.

YASIR.— Os olvidáis que fui yo quien ayudó a vuestra madre cuando ella me pidió trabajo para Soumia. De no ser por mí, a lo mejor ahora no solo estarías sin tu madre, pero también sin tu hermana. Vuestra familia tiene mucho que agradecerme. Yo os ofrezco que podáis seguir estando juntas. Si he guardado las cartas de vuestra madre ha sido para no alimentaros con falsas esperanzas. Yo también me puse a trabajar muy joven. Sé muy bien por lo que estáis pasando. No hagáis las cosas más difíciles.

Pausa.

Mira Petite, podrás venir a trabajar cuando el pueblo se olvide de tu madre. Tienes mi palabra. Pero ahora tienes que marcharte.

PETITE.— Me marcharé cuando me pague lo que me debe por esta hora de trabajo.

YASIR.— Niña, intento ayudarte, pero me lo estás poniendo muy difícil.

PETITE.— ¡Págueme!

YASIR.— Soumia, haz razonar a tu hermana.

PETITE.— *(Al público)* Y entonces ocurrió el milagro. Sou-

mia, que se había quedado en silencio ese tiempo, no había dejado de pensar en mamá. En todo lo que le había pasado. En lo que nos tenía que estar echándonos de menos. En que ella nunca se habría quedado si no fuera por una buena razón. Y justo, mientras pensaba todo esto, un montón de saliva se le fue acumulando en la boca. Era la saliva de todas las cosas que se había callado ese tiempo. Tenía tanta que se le hizo una pelota y cuando Yasir le gritó.

YASIR.— Deja de mirarme así. Haz algo ahora mismo o estás despedida tú también.

SOUMLA escupe a YASIR. Todo se queda en silencio unos segundos. PETITE se lleva las manos a la boca para aguantarse la risa. YASIR lanza un gruñido y levanta su mano para abofetear a SOUMLA. SOUMLA agarra del brazo a PETITE y las dos salen corriendo.

PETITE.— ¡Corre!

YASIR.— ¡Eso! ¡Corred, desagradecidas!

9. La carta

SOUMIA y PETITE tratan de recuperar la respiración.

PETITE.— No me puedo creer que le hayas escupido.

SOUMIA.— Yo tampoco.

PETITE.— Se lo merecía.

SOUMIA.— Un poco.

RASUL.— As salam u alaikum.

SOUMIA y PETITE.— Wa alaikum assalam.

RASUL.— Nos vemos luego, tengo mucho trabajo hoy.

PETITE corre a frenar a RASUL.

PETITE.— ¡Quieto! ¡No vayas a ver a Yasir!

RASUL.— Un momento ¿Por qué no estás trabajando?

PETITE.— Soumia ha escupido a Yasir.

SOUMIA.— ¡Petite!

PETITE.— Y él nos ha despedido.

RASUL.— ¿Eso has hecho?

SOUMIA asiente.

Pero... un momento. ¿Le habéis contado lo de las cartas?

PETITE.— Lo siento, Rasul. Se me escapó.

SOUMIA.— Dice que te va a pedir todo el dinero que te había dado.

RASUL.— Pues no le pienso devolver un céntimo. Pero...
un momento ¿Con quién habéis dejado al abuelo?

PETITE.— Íbamos ahora a ver cómo estaba.

RASUL.— Espero que se encuentre mejor.

SOUMIA.— Rasul, muchas gracias. Por cuidar de él.

RASUL.— Era lo menos que podía hacer después de...

SOUMIA.— (*Interrumpiendo*) Aún así. Gracias.

RASUL.— No hay de qué.

RASUL y SOUMIA se lanzan una mirada de amor.

PETITE.— Antes de que te vayas, ¿podrías hacernos un último favor?

PETITE le da la carta de su madre.

¿Podrías leernos esta carta?

RASUL abre la carta.

RASUL.— “Queridas hijas. Siento no haberos escrito antes. Estaréis muy preocupadas y llenas de preguntas, espero poder daros alguna respuesta. Hay una compañera aquí que sabe escribir.

SOUMIA.— ¿Podrías leerla más despacio? Por favor.

RASUL.— “Hay una compañera aquí que sabe escribir. Escribe cartas a todas para que nuestras familias sepan algo de nosotras. Ella no habla lengua de signos, así que también ha sido difícil poder entendernos. Pero al final lo hemos logrado. Una pequeña victoria más en estos meses de lucha donde la paciencia es nuestra mejor aliada.

No sé cómo os las estaréis arreglando sin mí. Pero sé que sois valientes y trabajadoras y seguro que habéis encontrado la forma. Quedarme aquí ha sido la decisión más dura que he tomado en mi vida, porque sé que os haría sufrir. Espero que algún día podáis entenderme. Algunas personas me han dado dinero para que os pueda enviar mientras yo esté aquí. Tendréis que ir a recogerlo para poder comprarle los dulces al abuelo por su cumpleaños, que será pronto. Solo pienso en el momento de poder volver a abrazaros, mis niñas. Para una madre es muy difícil poner en palabras el amor por sus hijas. Y más aún cuando está lejos. Os pienso cada minuto del día. Volveré pronto. Os quiere. Mamá”.

Petite, ¿estás llorando?

PETITE.— No. Y no me llames así.

(Al público) Sé que no pasa nada por ponerse a llorar. Es solo que en ese momento no era llorar lo que quería, si no más bien...

RASUL y SOUMIA abrazan a PETITE.

Eso. Eso era.

10. El abuelo sale de paseo

PETITE.— También había otra carta. Bueno, no era una carta, era un recibo del dinero que nos había mandado mamá. Rasul nos dijo que para pedirlo necesitaríamos al abuelo. Pero el abuelo no estaba en condiciones de hablar con nadie. Así que hicimos un plan.

PETITE.— (*Preparando un puré*) No sé si va a funcionar.

SOUMIA.— Ya verás como sí. Abuelo, ¿te apetece puré? Es de habas, tu favorito.

PETITE.— Pero luego le cambias tú. ¿Trato hecho?

SOUMIA.— Te prometo que si el plan funciona, le cambio yo.

PETITE.— (*Al público*) El plan de Soumia era dar de comer al abuelo. Taparle un poco la cabeza con la capucha de la chilaba y llevarle hasta la oficina en la bici de Rasul.

SOUMIA y PETITE cargan la silla en la bici de RASUL y la empujan hasta la oficina de correos.

PETITE.— Cómo pesa.

SOUMIA.— Venga que ya casi estamos.

PETITE.— Con tanto viaje se va a poner peor.

SOUMIA.— Si conseguimos el dinero podemos comprarle las medicinas.

SOUMIA y PETITE entran en la oficina.

PETITE.— ¿Seguro que es aquí?

OFICINISTA.— As salam u alaikum.

SOUMIA y PETITE.— Wa alaikum assalam.

OFICINISTA.— ¿Puedo ayudaros en algo?

SOUMIA.— Em, sí. Mi madre nos ha enviado un dinero y queríamos recogerlo.

SOUMIA le da el recibo al oficinista.

OFICINISTA.— Déjame mirar... ¿Es usted el padre de las niñas?

PETITE.— Es nuestro abuelo. Está un poco sordo. Tiene que hablarle más alto.

OFICINISTA.— ¿Es usted el abuelo de las niñas?

SOUMIA mueve la silla.

OFICINISTA.— ¿Eso es un sí?

SOUMIA.— Es que es de pocas palabras.

OFICINISTA.— Ya. Esperad un momento que voy a por el recibo. Lo tiene que firmar su abuelo o no podré daros el dinero.

El OFICINISTA sale.

SOUMIA.— Abuelo, toma este boli. Tienes que firmar, ¿vale?

Cuando SOUMIA le da el bolígrafo, el abuelo lo deja caer al suelo.

PETITE.— ¿Qué vamos a hacer?

SOUMIA.— Seguir con el plan.

SOUMIA mete el brazo por la manga de la chilaba y sujeta el bolígrafo. El OFICINISTA vuelve con el recibo.

OFICINISTA.— Firme aquí.

SOUMIA empieza a firmar. El OFICINISTA mira la mano de cerca.

¿Seguro que este hombre está en condiciones de firmar?

PETITE.— Claro, lo que pasa que va a su ritmo.

El OFICINISTA nota de pronto un fuerte olor y se aleja del anciano.

OFICINISTA.— Pero bueno, qué mal huele aquí.

PETITE.— Ya casi está.

OFICINISTA.— Tiene que firmar la otra copia también.

SOUMIA se concentra en hacer la siguiente firma.

Ag, es insoportable.

PETITE.— Perdone, es que hemos comido habas.

OFICINISTA.— Bueno, voy contando el dinero mientras.

El OFICINISTA se aleja todo lo que puede de ellos y empieza a contar el dinero.

SOUMIA.— ¡Firmado!

OFICINISTA.— Déjeme ver. Ag. Acerque el papel si no le importa, señorita.

SOUMIA le acerca el papel.

OFICINISTA.— Mmm. No parecen la misma firma.

SOUMIA.— Es que ha perdido práctica. ¿Quiere que lo intente otra vez?

OFICINISTA.— No, déjalo. Tengan el dinero.

PAS PETITE

SOUMIA.— Muchas gracias.

PETITE.— ¡Gracias!

OFICINISTA.— Venga, salid de aquí. Adiós.

11. Cuando el abuelo empeora

PETITE.— (*Al público*) Con el dinero le compramos unas medicinas al abuelo.

SOUMIA.— Parece que está mejor. Le ha bajado la fiebre.

PETITE.— Hicimos una gran compra. Hacía mucho que no había tanta comida en casa.

SOUMIA.— Prueba esto. Está rico, ¿verdad?

PETITE.— Todo parecía ir bien.

SOUMIA.— ¿Ha pasado Rasul ya?

PETITE.— (*A Soumia*) No, aún no.

(*Al público*) Soumia había decidido apartar algo de dinero para poder comprar un telar. Pero mamá seguía sin venir, y de nuevo nos íbamos quedando sin comida.

SOUMIA.— Solo te puedo dar esto.

PETITE.— Pero el jarabe cuesta más.

SOUMIA.— Esas medicinas no están haciendo efecto. Nos están engañando.

Pausa.

PETITE.— Rasul dice que han dejado de sacar a las temporeras en la tele porque sus maridos las han *erpudiado*.

SOUMIA.— Repudiado quieres decir.

PETITE.— ¿Y eso qué es?

SOUMIA.— Un marido repudia a su mujer cuando ya no quiere estar con ella.

PETITE.— ¿Entonces papá *erpudió* a mamá?

SOUMIA.— Estate callada que si no, no puedo contar bien.

PETITE saca los zapatos de su padre y comienza a andar con ellos.

PETITE.— ¿Cómo se sabe cuando ya no quieres estar con alguien?

SOUMIA.— No hay forma de quitarle esa tos.

PETITE.— Yo siempre querré estar con mamá.

SOUMIA.— Cuando te hagas mayor no querrás. Querrás estar con tu marido.

PETITE.— ¿Cuántas veces se puede *erpudiar* a una persona?

SOUMIA.— No sé. Da igual. Eso solo lo hacen los hombres.

PETITE.— ¿Y si yo no quiero estar más con mi marido?

SOUMIA.— Las mujeres tienen otras formas de hacerlo. ¿Qué haces con eso?

Silencio.

Quítatelos. ¿Por qué guardas los zapatos de papá?

PETITE.— El abuelo decía que para entender a una persona hay que caminar varios pasos en sus zapatos.

SOUMIA.— Dámelos.

PETITE se aleja con los zapatos. SOUMIA la persigue.

PETITE.— Entonces, ¿fue papá el que *erpudió* a mamá o fue mamá la que no quiso estar con él?

SOUMIA.— Pregúntaselo a mamá.

PETITE.— Dímelo tú.

SOUMIA.— Ven aquí.

SOUMIA alcanza a PETITE. Le quita los zapatos y amenaza con lanzarlos a la lumbre.

PETITE.— ¡No, no! ¡No los quemes por favor!

SOUMIA.— Está bien. Pero mañana los vendemos. Seguro que podemos sacar algo por ellos.

Silencio. PETITE recoge sus juguetes y se los da a SOUMIA.

PETITE.— Entonces vende también esto.

SOUMIA.— Pero son tus juguetes.

PETITE.— Me da igual. No los quiero. Ya nunca juego con ellos.

SOUMIA.— No nos van a dar mucho a cambio, están muy viejos. Es mejor que te los quedes.

Silencio. SOUMIA deja los zapatos cerca de PETITE.

Papá se fue porque se enamoró de una mujer. Una mujer que sabía cantar. Decía que no soportaba más el silencio de esta casa. Ahora ya lo sabes.

PETITE.— ¿Y dónde está ahora?

SOUMIA.— Eso ya no importa.

Silencio.

PETITE.— Supongo, que si él no quiso estar con nosotras, entonces ya no importa dónde esté él.

SOUMIA.— Pero mamá sabe que tú aún le quieres, por

eso nunca ha dicho nada malo de él. Eso es lo que más admiro de mamá. Siempre ha sabido seguir adelante. Papá necesitó otra mujer para poder hacerlo.

Silencio.

Tienes razón. Tenemos que comprarle el jarabe al abuelo.

SOUMIA mira el dinero que le queda. Coge unas monedas y se las da a PETITE.

Dile que esta vez sea algo más fuerte.

PETITE coge también los zapatos de su padre.

¿Te los llevas?

PETITE.— Sí. Voy a ver qué me dan por ellos.

(Al público) Cuando volví a casa, Soumia estaba llorando. Cuando Soumia lloraba yo nunca sabía bien qué hacer. Era como si el mundo se quedara muy quieto y en silencio. Solo había una forma de callar al silencio.

PETITE empieza a tararear la canción de su padre hasta que SOUMIA deja de llorar.

Suena el timbre de la bici de RASUL.

RASUL.— Assalamu alaikum.

PETITE y SOUMIA.— Wa alaikum assalaam.

PETITE.— ¿Tienes alguna carta?

RASUL.— No, pero tengo algo mejor. Una dirección para poder escribir a vuestra madre.

SOUMIA.— ¿Vamos a poder escribirle?

RASUL.— Unas personas las están ayudando y han publicado la dirección para poder ponernos en contacto.

PETITE.— ¡Bien! ¿Nos ayudas a escribirla Rasul?

RASUL.— Claro. Decidme.

PETITE.— Pero, ¿y si alguien roba la carta?

RASUL.— Esta carta la mandaré por internet. Nadie podrá robarla.

PETITE.— Vale, pon: “Querida mamá”.

SOUMIA.— “Nosotras también te echamos mucho de menos”.

PETITE.— “Tienes que venir ya”.

SOUMIA.— Dile que el abuelo está enfermo.

PETITE.— Sí, y dile que nos traiga algo de España.

SOUMIA.— No, no le digas eso. Dile que nos queda ya poco dinero.

RASUL.— A ver. Por orden, por favor.

SOUMIA.— Vale, dile que la echamos de menos.

RASUL.— “Nosotras también te echamos de menos...”

PETITE.— (*Al público*) Le escribimos una carta muy larga. Teníamos mucho que contarle.

SOUMIA.— ¿Y dices que llegará esta noche?

RASUL.— Si la oficina está abierta, sí.

PETITE.— La carta llegó esa misma noche. Y mamá pidió que se la leyeran tantas veces que al final se la aprendió de memoria.

12. El día más feliz fue también más triste

PETITE.— Mamá llegó dos días después. Yo estaba poniéndole compresas frías al abuelo para que le bajara la fiebre cuando noté que alguien estaba en la puerta. ¿Mamá?

PETITE se lanza a los brazos de su MADRE.

Mamá decidió venir cuando leyó que el abuelo estaba enfermo. Vino sin nada. Para que no la entretuvieran en la frontera. Dijo.

MADRE y PETITE.— Quien no tiene nada, nada le pueden quitar.

PETITE.— Llegó justo a tiempo, porque esa noche el abuelo cerró los ojos y ya no los volvió a abrir. Y fue así como el día más feliz fue también el más triste.

Cuando enterramos al abuelo, Yasir quiso venir a decirle adiós. Soumia al verle se puso echa una furia.

SOUMIA.— (A YASIR) ¿Qué haces tú aquí? Sal de nuestra casa. No eres bienvenido aquí.

PETITE.— Esa sería la última vez que Soumia hablaría con Yasir. El juicio de mamá en España se retrasó. Alguna vez, sus compañeras nos mandaban dinero. Y con ese dinero pudimos al fin hacer realidad el sueño de Soumia. Compramos un telar donde mamá y Soumia trabajaban sus anhelos. De momento ninguna de las alfonbras podía volar. Pero lo cierto es que eran tan bo-

nitas que empezamos a venderlas bien. Así que poco a poco todo fue volviendo a la normalidad.

PETITE trabaja en el telar mientras la MADRE habla en lengua de signos.

MADRE y PETITE.— Así que dejé la cesta de fresas en el suelo y le dije a mi compañera: “Hazme caso, siempre se le ha echado una cucharada de miel de naranjo.” Y ella respondió: “Pues yo nunca había oído lo de la miel de naranjo en la pastela.” Yo no sé en qué mundo viviría esa mujer, pero tuvimos que dejar de discutir porque el capataz nos estaba mirando y... Amal, aprieta mejor ese nudo.

PETITE.— Ah, sí.

PETITE aprieta el nudo.

(Al público) Y esta es la historia de cómo mi hermana dejó de ser una *petite bonne* y de cómo yo nunca tendré que serlo si no que podré ir a la escuela para aprender a leer y escribir y poder contar más veces esta historia. Aunque para hacerlo tendréis que volver a poner el tiempo en marcha.

13. Volver a poner el tiempo en marcha

SOUMIA vuelve a la postura donde se quedó paralizada y empieza a moverse de nuevo.

RASUL toca el timbre de la bici.

SOUMIA.— Date prisa, que ya está aquí.

PETITE.— Ya casi estoy.

(Al público) Rasul me acerca todos los días a la escuela.
Y así yo puedo ir aprendiendo a ser cartera.

RASUL.— Sube, Petite.

PETITE.— No, no. Pas Petite.

RASUL.— Perdóname, Amal.

PETITE.— También todos han empezado a llamarme por mi nombre, Amal. Mamá dice que Amal significa esperanza.

RASUL.— ¿A qué dirección vamos?

PETITE saca un sobre de la bolsa de RASUL y se la da a leer.

A ver... “A la atención del señor Yasir.”

PETITE y RASUL se miran y tiran la carta al aire.

RASUL.— ¡Siguiente!

PETITE saca otra carta. RASUL lee la dirección.

Okay. Vamos allá.

PETITE.— ¡Yuhu! Ir en bici no está mal. Solo es el primer paso. Luego tendré una moto. Y con el tiempo construiré una casa-camión con la que poder ir a tooodas partes. ¿A que suena bien?

Oscuro.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA